

cualquier modo, aunque no á precio tan elevado como el matrimonio. ¡Yo no me caso, ni por pienso!

ADELAIDA.—Hace usted bien; sólo se casan los tontos.

GABINITO.—Y los que se aburren... cuando no encuentran mujeres como usted.

ADELAIDA (*con intención*).—¿También por pasar el rato? ¿me clasifica usted entre las desgraciadas á quienes de burla hace ojitos? hombre, ¡muchas gracias!

GABINITO (*galante*).—Bien lo sabe que no... Es usted la mujer más soberbiamente hermosa y apetecible que yo he visto. ¡Ni en París!

ADELAIDA (*burlona*).—Realmente, después de tal elogio, debo estar satisfecha. Se le llena á usted la boca con las cinco letras de ese nombre sugestivo.

GABINITO (*más bajo*).—De agua se me llena viéndola á usted... Divina Adelaida, ¿á qué hora está más ocupado D. Federico en el precioso trabajo de sus tallas?

ADELAIDA (*con malicia*).—Ya he dicho á

usted que soy republicana... é independiente.

GABINITO.—Mejor. Escogeré yo la hora entonces.

ADELAIDA.—Cuidado que no le atrase el reloj. ¡Já! ¡já!

GABINITO.—Y nos vengaremos de Rómulo, ¿verdad? (*Adelaida sonríe; siguen hablando en voz baja, y lentamente caminan hacia la izquierda.*)

ESCENA IV

MISIA LORETO.—FLORA

MISIA LORETO (*contrariada*).—Se van de aquel lado. ¡Y siempre con esa mujer! Es que tú no le miras.

FLORA (*indiferente*).—Sí le miro, mamá.

MISIA LORETO.—Ó no le miras sonriendo.

FLORA.—También le sonrío, mamá.

MISIA LORETO (*impaciente*).—¿Qué es entonces? no lo comprendo. Allí viene Eliseíto... Hazte la tonta, como si no le conocieras. Quizá tiene celos de Eliseíto... Demuéns-

trale que nada te interesa Eliseíto. Esta noche no bailarás con él, ni con nadie. Hay que aclarar la situación. Vamos allá con disimulo, y nos haremos los encontradosos...
(*Vanse hacia la izquierda.*)

ESCENA V

EL PISAHUEVOS. — EL RABIOSO. — EL PARTECORAZONES. — EL COLORADITO. — LA DAMA DUENDE.
LA TÍA CANGREJO. — LA MILITRUNCHA
LA PEREGILA

EL PISAHUEVOS (*con aire de haber descubierto la América*). — Pasan unas cosas en esta sociedad de la *haute*, como dice el cronista de *La Opinión*... Es de quedarse uno frito. Acaban de contarme...

TODOS. — ¿Qué? ¿qué?

EL PISAHUEVOS. — No es un cuento; es un trozo de la historia misteriosa de ese alemán de Schlingen. Figúrense ustedes que en su país ha estado procesado...

LA MILITRUNCHA (*atropelladamente*). — ¿Por asesino? cara de eso tiene.

EL PISAHUEVOS. — ¡Por robo! en un Banco, del que era empleado subalterno. Abuso de confianza, suplantación de firma ó falsificación, no sé; lo cierto es que desapareció con unos cuantos miles de marcos...

LA PEREGILA (*con extrañeza*). — ¿De marcos?

EL PISAHUEVOS (*doctoralmente*). — Los marcos son los pesos de Alemania... Pues, sí, señores; desapareció con el robo, y se vino aquí de un salto. Hubo su exhorto correspondiente; pero el pillo del tudesco supo hacerse de tan buenas relaciones (sabido es que de la época de Eneene data su preponderancia bursátil), que no le faltó quien le defendiera y protegiera, el mismo Eneene y toda su camarilla, y ahí se está todavía el exhorto muerto de risa, sin que ningún ministro alemán haya podido moverlo.

EL RABIOSO (*incomodado*). — ¡Y á pesar de eso ha emparentado con una de nuestras principales familias, de cepa colonial, y va á su casa la mejor sociedad!

EL COLORADITO.—Diga usted: gracias á eso.

EL RABIOSO (*más incomodado*).—Es que es preciso concluir con estas inmoralidades. Hay que sanear, hay que desenmascarar, hay que castigar. ¿Y la moral?

EL PARTECORAZONES.—Hace tiempo que la perdimos de vista.

EL RABIOSO (*gritando*).—Es inicuo, es vergonzoso... No debiera poner nadie los pies en su casa.

EL COLORADITO.—¡Cálmese usted!

LA DAMA DUENDE (*tranquilamente*).—Por mi parte declaro que ni me llama la atención, ni me indigna ese trozo de historia. Schlingen es un producto social moderno, y natural me parece que se conduzca á la moderna, como hombre y como marido. ¿Es rico? ¿qué importa al mundo cómo? ¿da fiestas? ¿qué importa quién las da? Ni á mí ni á ustedes nos ha robado nada; por lo tanto, el que vayamos á su casa á oír buena música y comer bien no indica sino que sabemos vivir... Contemporizando, y

siempre y á todas horas y en toda ocasión, contemporizando se vive en sociedad. Si no, encerrarse á piedra y lodo, y hacer vida de comadrejas...

EL RABIOSO (*con mucho fuego*).—Señora, esas teorías... Realmente, esas teorías...

LA TÍA CANGREJO.—Yo también pienso lo mismo que usted. Que haya robado ó no, que lo averigüe la justicia. Esto de meterse á juez trae muchos disgustos y perjuicios. Y á nosotros lo que nos debe importar es la diversión... Mire usted que los quesitos helados que se sirven en *La Walkyria*...

LA MILITRUNCHA.—¡Ah! deliciosos.

LA DAMA DUENDE.—¡Deliciosos!

LA PEREGILA.—Otras cosas son peores: ¿ven ustedes? la rusa, esa descarada, ¿qué hace aquí la rusa? ¿por qué la han dejado entrar?

LA MILITRUNCHA.—Eso digo yo... Aquí viene bien la pregunta: ¿y la moral?

EL RABIOSO (*amargamente*).—Señora, se ha mudado de país.

LA DAMA DUENDE (*á la Peregila*).—¿Ha ob-

servado usted las maniobras de la de Soto? anda detrás del otro con Florita á rastras, que es una vergüenza. No se toma ya el trabajo de disimularlo. Y el otro, *de temporada* con la otra. Tampoco lo disimulan. ¿Para qué? Fíjese usted en el vestido de la Schlingen... Es elegantísimo.

LA TÍA CANGREJO. — ¡Ay! ¡qué vals preciosos! ¡qué compás! ¡qué cadencia! ¡me recuerda mis buenos tiempos!

(*El grupo guarda silencio al aproximarse Wanda y sus compañeros.*)

ESCENA VI

WANDA. — CABALLERO 1.º — CABALLERO 2.º

(Diálogo traducido directamente del ruso.)

WANDA (*avergonzada*). — Si encontrara dónde meterme, me ocultaría muy á gusto: un rincón, un agujero cualquiera... Vámonos, salgamos de una vez. Debo estar como una amapola. ¡Qué persecución! ya no son sólo los hombres; también las mujeres... ¡Como á bestia feroz!

CABALLERO 1.º (*colérico*). — ¿Marcharnos? de ninguna manera.

CABALLERO 2.º — ¡No faltaría más!

WANDA (*aflijida*). — Es que á mí me va á dar algo... ¡Ser el blanco de la atención general, atención impertinente y descortés! Desde mi llegada á Marplatina me viene ocurriendo lo mismo. Creía tener derecho á venir con mi sirvienta, mientras mi marido terminaba sus asuntos en la ciudad, pero aquí parece que una dama no puede andar sola, aunque la acompañe su decoro. Se la corteja, se la molesta, se la persigue y se la ultraja. Ya te escribí, Boris, refiriéndote los avances ofensivos de ese rebaño de imbéciles, del que es carnero distinguido el alemán borracho, aquel que se me arrodilló en la playa una mañana... Al cabo, he tenido que encerrarme en el hotel porque me encontraba sitiada. Y ahora ya ves lo que sucede. ¿Por quién me toman?... (*impaciente*). Vámonos.

CABALLERO 1.º — No, no nos iremos. Hemos venido á desafiarles precisamente. La lección de cortesía que vamos á darles será con-

tudente. Que miren cuanto quieran, pero al menor movimiento... ¡habrá escándalo!

WANDA (*insistiendo*).—Vámonos, Boris... Fíjate cómo las señoras se apartan y cuchichean. Sin duda me han tomado por una de esas... ¡Ay, vámonos!

CABALLERO 1.º—Bastón, ¿para qué te quiero?

CABALLERO 2.º—Bastón, ¿para qué te he traído?

WANDA (*sonriendo á medias*).—¡Si se los han dejado ustedes en el guardarropa!... felizmente, porque sería peor si se armara un escándalo. Más prudente es marcharnos.

CABALLERO 1.º—Yo no me marchó.

CABALLERO 2.º—Ni yo.

WANDA.—¡Ay, Dios mío!

CABALLERO 1.º—A falta de bastón, buenos son los puños.

CABALLERO 2.º—Y puños como éstos (*enseñándolos*), legítimos del Norte. Aquí estamos y aquí nos quedaremos. (*Se detienen en el centro del salón y miran con insolencia alrededor.*)

ESCENA VII

D. VALENTÍN.—ELISEÍTO

(Tercero y último dúo con sordina.)

D. VALENTÍN (*pasa rápido y saluda tímidamente al grupo*).—¡Demonio, qué ojos tan fieros los de los amigotes de la polaca! ojos que miráis así, sendos trompis prometéis... ¿Rezaré conmigo? ¿no he sido yo el falso historiador de la dama, y no la he hecho mal casada, cantatriz famosa, con otras mentiras de que ya no me acuerdo? Tendría gracia que resultara casada, pero á las buenas, y ese de las barbas imperiales fuera el consorte legítimo, que viene á tomar venganza de... de... Que la tome de los pretendientes, que la tome del ardoroso droguero, no de mí, que si he mentado en lo de forjar la historia, he sostenido siempre que era más honrada que Lucrecia... ¡Qué ojos! pasa, Casuso; sigue, escóndete, desaparece, no sea que la suerte, que te va abandonando, y tu santo, que te vuelve la

espalda, permitan, de postre, que te lleves la gran paliza de la temporada.

ELISEÍTO (*dándole alcance*).—¡Señor Casuso, señor Casuso! ¿adónde va usted tan veloz?

D. VALENTÍN.—¡Al diablo! hace mucho calor, no bailo ni enamoro á nadie... ergo, estaré mejor en la terraza.

ELISEÍTO.—Es el caso que yo deseaba hablarle... (*vacilando*); bueno, hablaremos en la terraza.

D. VALENTÍN.—Entretanto, hágame usted el favor de no tirar de mi *smoking*... (*suspirando*). Le tengo inválido de resultas de un accidente fatal, en el que este hijo de mis entrañas recibió una herida, lo menos de diez centímetros, aquí, cerca del bolsillo: habría preferido recibirla yo, en parte en que no fuera profunda ni peligrosa, porque uno cura, amigo Miralta, pero una prenda rota queda inservible. ¿Ve usted? ¿no se conoce el zurcido? dígame usted la verdad; me tortura la idea de que pueda conocerse... Si las manos de aquella que yo

me sé fueran las habilísimas zurcidoras, no me devoraría la duda...

ELISEÍTO (*examinando atentamente*).—Nada, no se conoce... Si usted no lo dice, nadie lo creería...

D. VALENTÍN.—Gracias, amigo mío, por el consuelo que usted me da. En llevando yo ropa que no sea muy católica, ya me tiene usted nervioso y lleno de aprensión. Dime cómo vistes y te diré quién eres.

ELISEÍTO.—En un elegantón de su clase caben estas exageraciones... Porque á elegante pocos le ganan á usted; elegancia señorial, noble, de abolengo, en que el cuerpo mantiene las líneas naturales, y la tela no hace más que ceñirlas sin deformarlas. Hoy ya nadie sabe vestir. Nos ponemos lo mismo que se poné el vecino, sin meternos á averiguar si lo que á él le sienta por flaco nos sentará á nosotros gordos. Yo le he conocido á usted una levita color de pizarra...

D. VALENTÍN (*encantado*).—¡Ah! sí, sí, hace dos años...

ELISEÍTO.—Levita preciosa, que á usted, alto y esbelto, le iba que ni pintada; y á mí, un retaco, me caía lastimosamente.

D. VALENTÍN (*con prosopopeya*).—Sí, sí; el vestir bien es un arte como los demás, y la primera cualidad que se requiere es la figura, la materia prima, como quien dice; luego el gusto, sin el cual la figura, por buena que sea, degenera en mamarracho; luego...

ELISEÍTO (*distruido*).—¿Va usted á la terraza?

D. VALENTÍN.—Adonde usted quiera.

ELISEÍTO (*indeciso*).—Aquí, lo mismo da... Porque yo deseaba hablarle, señor Casuso.

D. VALENTÍN.—Ya está usted hablando, que aquí, en la terraza y en cualquier parte, soy su más obsecuente servidor.

ELISEÍTO.—Muchas gracias. De su amabilidad tengo recibidas tantas pruebas, que no dudo sabrá disculparme esta molestia...

D. VALENTÍN (*con escama*).—Por disculpado, amigo mío.

ELISEÍTO (*resuelto*).—Muchas gracias. Es el caso, señor Casuso, que hace ya varios días que no recibo carta de papá; ¿enfermedad, ausencia ó simplemente falta del correo? no sé; he escrito, he teleografiado, y nada. Con este silencio que me preocupa tanto, ha coincidido una desgracia, para mí irreparable: he perdido la cartera, y no vacía, con mis últimos cien pesos. ¡Imagínese usted mi situación! obligado á hacer frente á mis compromisos, mientras papá no me escribe ó no recupero la cartera, lo que será milagro, ¿qué hago? entonces he pensado en el amigo Casuso...

D. VALENTÍN (*displaciente*).—A mal puerto viene usted, amiguito. Desde el jueves último que la suerte me trata al estricote. Usted es testigo: anoche, cien pesos; anteanoche, doscientos. Lo que me dió al principio, ahora se complace en quitármelo. Y yo no cuento con un papá rico que enmiende los rigores del juego. De modo que no me resta más que acompañar á usted en el sentimiento.

ELISEÍTO (*consternado*).—¿Ni siquiera cincuenta pesos?

D. VALENTÍN.—Ni cincuenta centavos.

ELISEÍTO.—¿Qué voy á hacer entonces?

D. VALENTÍN (*zumbón*).—A falta de cumquibus, ofreceré á usted un consejo que remedia radicalmente su pérdida: ¡cómprese usted otra cartera! (*Sonríe y se aleja.*)

ELISEÍTO (*furioso*).—¡Y para esto he elogiado yo su levita color de pizarra y su figura desgachada! ¡Tipo! me vengaré contando que lleva el *smoking* roto y mal zurcido, sí señor, muy mal zurcido... (*Sale del salón precipitadamente.*)

ESCENA VIII

FLORA.—MISIA LORETO

FLORA (*timidamente*).—Mamá, no sigamos. ¡Si lo hace adrede! ¿no reparas cómo mira de reojo, y apenas nos descubre echa para otro lado? estamos sirviéndole de diversión y poniéndonos en ridículo.

MISIA LORETO (*desalentada*).—Sí lo he

reparado, hija mía; ¿por qué se conduce así? no lo comprendo... ó lo comprendo demasiado, y la idea sola me espanta... ¿Qué hacemos, Flora, qué hacemos si esto no cuaja? porque ni tú ni yo estamos para otra campaña. Tu padre tampoco, sobre quien pesamos más que dos catedrales. La perspectiva de nueva temporada de ópera y nuevo abono de coche, con los gastos de modista correspondientes, le aterra, y con razón... Ya sabes que me tiene dicho:—Ocúpate tú de Florita, que lo principal es sostener la casa... ¡Sostener nuestra casa hoy, es lo mismo que llevar el mundo sobre las espaldas! Hasta ahora sabe él una palabra de nuestras dudas y de las vacilaciones de ese vulgarote; al contrario, cree que todo marcha muy bien, porque aunque él no toma parte en nuestra campaña y cifra en ella menos esperanzas que en sus combinaciones políticas, algo confía en lo que yo le he presentado como muy probable y ha cederó... Entretanto, el otro sin acercarse en toda la noche, y siempre con el rodaba-

llo de la fulana; ¡qué hombres! madres que tenéis hijas, ¡ahogadlas antes que criarlas para dárselas de pasto á estos degenerados de última moda! con razón, hija, te repugnan...

FLORA (*suspirando*). — Sentémonos, mamá.

MISIA LORETO. — Sentémonos (*se sienta*), abandonemos la pista, y sea lo que nuestra mala suerte quiera... Me parece que he andado siete leguas detrás de *él*. Estoy reventada.

FLORA. — Y yo (*se sienta*). Después que descanses un poco, subiremos á acostarnos.

MISIA LORETO. — Eso no; ¿qué diría *él*?

FLORA. — ¿Y á mí qué?

MISIA LORETO. — Poco á poco, que no estamos para echar á rodar á nadie. Los tiempos han cambiado, y hoy solicita la que ayer fué solicitada. No lo olvides, y ten paciencia... Estos hombres son así: les gusta darse tono y les complace dejarse querer, desdeñar, humillar también...

FLORA (*con soberbia*). — Pues á mí no me

ha de humillar *él*, ni nadie. Sabes por qué me presto á esta comedia, y cómo me cuesta someterme...

MISIA LORETO (*alarmada*). — Cuidado, que te va á dar la pataleta. No te descompongas, que nos miran... He querido decir, rebelde de mi alma, que á estos gansos hay que tomarlos como son. Quién sabe si tus jaquecas y eclipses repentinos no le hacen dudar de que le quieres, y le acobardan. Si rehuyes las ocasiones de verle, claro está que no te interesa. Y los hombres son desconfiados hasta cuando se les atrae con el reclamo de la coquetería. Celosos de su libertad, la defienden como un animal salvaje cualquiera... Bonito estaría que desapareciéramos del salón á lo mejor.

FLORA. — Menos bonito es *planchar* toda la noche en su obsequio y sin resultado.

MISIA LORETO. — Paciencia..., que al fin sentada esperas. Ahí vienen las de Asnabal...